

VERBUM

REVISTA DEL CENTRO ESTUDIANTES
DE FILOSOFIA Y LETRAS

DIRECTOR
JACINTO J. CUCCARO

ADMINISTRADOR
JUAN PROBST



Carta a guisa de confesión

Lector amigo:

Ignoro si alguna vez has meditado que es necesario, para conseguir la tranquilidad del espíritu indispensable para vivir la vida, librarse de esa tonta y pueril tolerancia que, aceptándolo todo, no alcanza, en definitiva, a quedarse con nada. No pretendo decirte que debas ser dogmático y aferrado a un credo con menosprecio de toda otra doctrina o creencia; me refiero a esa tolerancia que, por excesiva, pueda quitarte esa individualidad tuya, propia tuya, que quisiera conserves, muestres y hagas valer. Tu tolerancia es loable cuando, con la comprensión y superación de todos los problemas, aceptas lo ajeno como necesariamente producido en la historia, como producto del eterno actuar del espíritu humano, y le das la explicación correspondiente en la evolución del pensamiento; pero siempre, después de esa concienzuda labor comprensiva, has de dar la nota armónica de tu sér, el sello de tu individualidad, so pena de trocarte en barca sin timonel o en simple erudito incapaz de la más insignificante síntesis, es decir, incapaz de la actuación de tu yo; y, por ende, has de quedar excluido del concierto universal del espíritu que requiere tu cooperación actuante: de tu fantasía, de tu intelecto y de tu voluntad.

Tengo entendido que lo que más preocupa a tu mente, en estos días, es la embrollada madeja de la Metafísica; oyes hablar de materialismo, intelectualismo, intuicionismo... y otras

semejantes palabras en ismo, y te es forzoso detenerte, en tu apacible vida que quisieras ver deslizarse tranquilamente, para meditar un tanto y, tu indiferencia imposible, debes afanarte en darte una explicación.

Creo, empero, que sabes que el enigma de la Metafísica es adecuado, poco más o menos, al concepto cognoscitivo por excelencia, al fenómeno. Es Maia, la virgen hija esposa de Brama, la veraz

Virgen y madre, hija de su hijo,

la que mueve el corazón del artista y la mente del filósofo. Y como todas las bellas, ella tiene su belleza escondida bajo siete velos que tú, filósofo colegial, debes profanar si quieres alcanzar esos dones. Lo Real, que es lo que buscas, no necesita desnudeces libertinas ni coberturas hipócritas; lo Real es revelación, irradiación de la verdad, eterno remover del velo al cual aludía hace un instante. Y es en la vida, en tu vida misma, donde debes hallar una solución, la tuya... se entiende, filósofo colegial; y si a ella llegues, no curarte de los importunos; y si al compenetrarte del problema brilla en tu pensamiento un credo, quédate con él, desecha la pueril tolerancia y ábrete paso en el misterio de la existencia...

... ¿Materialista o intelectualista? Deja que los filósofos unilingua discutan; tú, que has alcanzado una síntesis; tú, filósofo bilingua, podrás reírte de los contendientes de lana caprina con tu olímpica e interminable sonrisa. Y tu risa, quiero decir, la solución que te pertenece, la debes a que, del litigio ajeno, has podido recabar una síntesis que, alejándote, en igual medida, de la materia y del intelecto, te ha hecho llegar al nexo de lo que es, para ti, Real; a la síntesis del ser y no ser: a la vida, que es lo real, síntesis de singular y universal. Debes ser, amable amigo, como el Tiresia de la leyenda que fué capaz de resolver el pleito surgido entre Júpiter y Juno, que perdían el tiempo discutiendo quién de los dos aportaba más bríos en el amor; discutían como dos políticos que creen tener ambos razón cuando ninguna la tiene, hasta que tuvieron que recurrir a un árbitro, que fué Tiresia. Y sabes que Tiresia, del cual dicen que fué hombre y mujer en la vida, dió razón a Júpiter; pero Tiresia quedó ciego y tú, en la creencia de que no lo eres, puedes convencerte de que ambos, Júpiter y Juno, tenían

razón y no la tenían al mismo tiempo, y que si puedes tenerla tú, ya que te das cuenta de la imposibilidad en que se ven, para sostenerse, las extremadas teorías: ni la nada ni el sér; tú pensarás que es una nada que inicia el sér. ¿No te parece que materialismo e intelectualismo son dos filosofías que están como condenadas a batirse siempre sin que nunca puedan alcanzarse? ¿no te recuerdan a dos perros que se muestran los dientes sin morderse jamás? ¿que se asemejan a esos dos escollos cantados por Aleardi:

«si veggon sempre e non si toccan mai»?

En fin, colegial amigo, yo quisiera que pudieras comprender el afán de mi pensamiento que busca, en este instante, darte a entender que el plano elegible, equidistante de la tolerancia y de la intolerancia (aquella cuando es pueril y tonta, ésta cuando prelociosa y terca) lo debes, y acaso podrías, encontrar en ese punto medio que dijérate anteriormente, en esa síntesis de materia y razón; síntesis que, lejos de ser ecléctica, nos coloca en el corazón de la vida misma. Y en lo referente a ese duelo entre materialismo e intelectualismo — un problema particular de la filosofía cuya controversia puedes tomar como cartabón para todo otro problema — yo te declaro que: toda vez que uno de ellos quiere tener razón en su casa sin ver qué pasa en la del vecino, pierde tiempo como aquellos Unos mitológicos que se degollaban hoy para renacer mañana; y te declaro también que mi credo es éste: el mundo y el hombre son Realidad para nosotros, quienes, por lo mismo que mundo humanizado: vivimus, movemur ac sumus.

Y quiero, para poner a prueba tu férrea voluntad de lector amigo, narrarte una anécdota repetida por el filósofo budista Schopenhauer. Dice el autor del wille, que en el Tibet suelen representar, en fiestas religiosas, una comedia teológica en que el Dalai-Lama disputa con el Archidiablo sobre la realidad o idealidad del mundo. Satanás, realista, afirma el testimonio infalible de los sentidos, Lama silogiza sobre la vanidad fenomenal del conocimiento; y, como ellos por sí mismos no pueden resolverse el problema, recurren al arbitraje: en este caso juegan la Metafísica a los dados... Pierde el Diablo; pero como su derrota es por casualidad, no ha faltado quien ha visto una injus-

ticia del azar en esa solución. Tari, un simpático filósofo, exclama: Peccato!.. y agrega: «pecado, sí señor! Pues si yo hubiese sido el dramaturgo, habría más cómicamente por cierto, dado la razón y la contra a ambos controversistas. Al Dalai-Lama porque, braveando con el Conocimiento, no ve lo que está debajo, el mundo real de la Naturaleza, no naturata sino naturans. Al Archidemonio porque, menos sabio que el bueno del diablo Mefistófeles, cree empíricamente en el pacto de la Sensibilidad, ignaro de la inventa lege inventa fraude de la Razón que idealiza, y más, «gassifica» todo dato de la empiria».

Y aquí, amigo, termino parodiando: ciertamente dirás apékou, lo que significa en aguzado italiano: «sospéndimi la seccatura!». Adiós, pues, y consérvate sano.

VERBUM.